

Del destete al desempance.
Cuentos lésbicos y un colado

Gilda Salinas

Ed. Trópico de Escorpión



Cuentos y fábulas de Lola Van Guardia

Isabel Franc

Ed. Egales

Artemisa y las amazonas

por Odette Alonso

Artemisa, hija de Zeus y Latona, era, entre los griegos, la diosa virgen de la caza. Cuentan que habiendo visto a su madre sufrir terribles dolores de parto, fue tal su aversión que pidió de su padre la gracia de guardar perpetua virginidad. ¿Qué?, ¿perpetua virginidad?... Oh oh, creo que esta familia tenía un problemita... ¿Por qué andaba Artemisa de arco y flechas, rodeada de muchachonas fornidas y atrabancadas, refrescándose en los arroyos, durmiéndose juntas en los bosques? ¿Por qué a Acteón, que tuvo la desdicha de verla bañándose desnuda, lo convirtió en ciervo y dejó que sus perros lo destrozaran? ¿Quién asegura lo de la castidad? ¿No será ése, acaso, el génesis del malentendido de que la mujer que no tiene varón es virgen?

Pero yo le digo que esa familia guardaba un secretito que pasó a la historia del mundo patriarcal con las etiquetas de virginidad y pureza.

Vencedoras de atlantes y gorgonas, con las amazonas la historia tiene los primeros registros -aun míticos- de mujeres en libertad que vivían en comunidades. Eran guerreras temibles, poderosas; ellas mismas fabricaban sus armas y conquistaban territorios al tú por tú con los varones, que las consideran "equivalentes a los hombres". Al buen entendedor...

Así se enraizó el mito de que las mujeres fuertes, las guerreras, eran malencaradas y malgeniosas. Por eso y más, sigue prevaleciendo la idea de que las lesbianas somos duras, brutas, peleoneras y malhumoradas.

Como para contrariar esa apariencia y reafirmar que el buen ánimo puede encontrar lugar en la literatura a uno y otro lado de la mar oceánica, han llegado a mis manos dos libros ejemplares:

Cuentos y fábulas de Lola Van Guardia, de la catalana Isabel Franc, y

Del destete al desempance, de la mexicana Gilda Salinas. Ambos cuadernos son la muestra de cómo una situación de tintes melodramáticos puede convertirse en una chanza.

Isabel Franc -o Lola Van Guardia, su seudónimo y alter ego- dice que su obra ha tenido el doble propósito de distraer, de hacer pasar a las lectoras un rato agradable, pero también de invitarlas a reflexionar acerca de las lesbianas y de sus modos de actuar.

La miscelánea empieza con un relato de corte clásico: la princesa Esmelinda era frígida. Habiendo llegado a la edad casadera su preocupado padre convoca a un concurso público a todos los hombres del reino y de las comarcas vecinas, prometiendo la mano de la princesa como recompensa a aquel que la hiciera disfrutar los placeres del amor. Después de agotadoras jornadas, perdidas casi todas las esperanzas de que la princesa conociera aquella cosquillita del orgasmo, una tarde llegó un ejército de amazonas custodiando a un caballero forrado hasta los dientes que exigió hacer el amor sin quitarse la armadura. No les será difícil imaginar que el caballero era realmente dama de lacia cabellera rubia y agraciados pechos que con toda paciencia, destreza y dedicación consiguió que la princesa flotara y tocara el cielo, según sus propias palabras, que en estos casos no es apropiado exagerar a riesgo de provocar descrédito.

Ése, en escenarios más o menos modernos, es el tono del libro. Con las páginas se suceden adaptaciones de chistes populares, recomendaciones para una primera cena íntima bañada en whisky, microrrelatos que dejan bien sentado que no sólo de sexo vive la lesbiana, etc.

Mientras, de este lado del Atlántico, con afán más de memorioso rescate que de

pura ficción, Gilda Salinas cuenta en las quince piezas que integran el libro, la historia de una niña de once años que una fría mañana de febrero, sin entenderlo ella misma, se enamoró de Mona Bell. Ése -que es el final del libro- fue sólo el inicio, porque la niña creció y se enamoró de otras tantas mujeres, con las cuales Gilda teje una red de personajes que reaparecen y situaciones que se asemejan -¿qué tan distinto puede ser un antro a otro, una relación a la siguiente?

Aquellos ochenta "eran tiempos de trova cubana, de recorrer las peñas y de cantar con la guitarra". Desde el más "nais closetero lésbico temporal" -donde cantaba la gran Chavela Vargas, hasta los decadentes locales de "fraternidad ambientalista y aromas de peda feliz"; épocas idílicas en las cuales la narradora/protagonista se identificaba con Pedro Infante por aquello de "me gustan las altas y las chaparritas, las gordas y flacas y las chiquititas".

Mujeres y jolgorios saltan de una pieza a otra del conjunto. Y música que, también ubicua y omnipresente, matiza el ambiente de guateque absoluto y constante. "La virtud de que la mayoría estuviera pedales -dice- es que todo daba risa, las tragedias, los melodramas y los azotes eran motivo de júbilo". No faltan momentos trágicos o conmovedores, pero la diversión es reina y la amistad perdura a pesar de los deslices y las vicisitudes.

Son los de Gilda Salinas, como los de Isabel Franc, cuentos de mujeres que no se esconden tras eufemísticas etiquetas; mujeres satisfechas, seguras, conformes consigo mismas. Son las suyas, historias de la cotidianidad, del festejo, del baile y de la risa que estas amazonas modernas cultivan cual trofeos que entregarles a la vida y a la alegría de vivirla de ese modo. (Texto editado, oprime para leer lo)